





ELVO Editorial
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera Edición: febrero, 2025.

© Enrique Javier de Lara.
© ELVO Editorial.
© ilustración portada y contraportada: Jacinto Gamo.
© diseño de cubierta y maquetación: Daniel Moscugat.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 169-2025
ISBN: 978-84-129443-4-1



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

...; la isla era pequeña y solitaria, y el Egeo la rodeaba con un intenso azul que exaltaba la orla de un blanco deslumbrante y como petrificado, ...

«La isla a mediodía»

Julio Cortázar

islas, barcos, ¡tierra!

Enrique Javier de Lara



1

Alborán

Isla de Alborán: 35°57'00"N 03°02'00"O.

A Pedro Atienza, un Joraique

Me encuentro desesperado, aterido de frío, muerto de miedo. Necesito ganar tiempo. Aguardo a que caiga la noche y suba la marea. Mientras tanto y para no perder el juicio, procuro mantener la mente distraída evocando mis últimas correrías y... ¿Que dónde estoy? Es cierto, debería haber comenzar por ahí. Vale, lo hago: he conseguido refugiarme en una de las muchas covachas que horadan la isla de Alborán; conozco bien este lugar donde, ahora mismo, me esfuerzo por esquivar a mis perseguidores.

Ellos, quienes me persiguen, son gente indeseable (mucho más de lo que a mí me pueda considerar el lector cuando continúe leyendo), gente que no dudará enfrentarse al destacamento militar existente en la isla que, si como confío son alertados por los disparos, probablemente evitarán que acabe como mi compañero de fatigas.

Él, mi compañero, mi socio hasta hace solo un rato, ha sido abatido justo a la entrada de la covacha donde me refugio. Quienes nos han hostigado obligándonos a buscar refugio en la isla de Alborán, son delincuentes dedicados al tráfico de inmigrantes, como nosotros, todo sea dicho, la diferencia es que ellos además son asesinos; nos han ametrallado alcanzando de lleno a mi socio al que he debido abandonar; ya poco importaba, estaba muerto, acribillado a balazos, lo mismo que la *zódiac* que nos ha traído hasta aquí.

Resumiendo, que mis esperanzas pasan porque el destacamento militar no se demore, que los soldados vengan pronto y se enfrenten a mis perseguidores y que después piensen que mi compañero viajaba solo. Si todo sucede así, puede que consiga librarme de esta, pero ¿que cómo he llegado a la situación en que estoy? Sí, yo mismo me hago la pregunta al tiempo que repaso mis correrías...

De la mediterránea isla de Alborán, prácticamente equidistante de África y Europa, se dice (los navegantes norteafricanos fueron los primeros que lo dijeron) que es el ombligo del Mediterráneo. El nombre de Alborán proviene, al parecer, del corsario tunecino Mustafá ben Yusuf el Magmuz ed Din (*Al-Borany*), que utilizó el enclave como base desde donde organizar sus tropelías; Al-Borany viene a significar «tempestad». El caso es que este minúsculo islote, situado a apenas cuarenta millas náuticas de la costa española de Almería y a poco menos de la africana, este pedazo de tierra plana y árida en mitad del mar que los romanos consideraban suyo, ha sido escondrijo y lugar de refugio para muchos antes de que lo utilizase yo. Y cuando aludo a escondrijo y refugio no me refiero al momento crítico actual, pues desde tiempo atrás vengo sirviéndome de la isla de

Alborán como base, arreglándomelas para pasar desapercibido a ojos del destacamento militar que la custodia. Eso sí, después de los últimos acontecimientos, con toda seguridad tendré que prescindir de mi guarida para siempre; contando con que salga vivo de esta, claro...

Mi guarida, el lugar secreto que poseo en la isla de Alborán, permanece sorprendentemente inadvertido para la Armada Española, que no ha sido capaz de detectarlo teniéndolo, como aquel que dice, ante sus narices. Se halla dicho escondrijo, ya no tiene objeto ocultarlo, disimulado en un canal subterráneo que atraviesa la isla en su parte central y al que se conoce como Cueva de las Morenas. Me consta que la Cueva de las Morenas jamás ha sido explorada a fondo, de otro modo no se comprende que solo yo conozca la existencia de cierto sifón cuyo acceso, que invariablemente permanece sumergido, disimulan varias rocas que parece han sido colocadas a propósito para tal fin. Y todo, a pesar de lo atrayente que resulta en su conjunto el islote y su entorno, con unos fondos submarinos ricos en fauna y a los que no falta el apreciado coral rojo del Mediterráneo. El caso es que, a nadie, supongo que el ejército impondrá limitaciones para el turismo y el buceo, cosa que es de agradecer, se le ha ocurrido como digo explorar a fondo la Cueva de las Morenas; mejor para mí.

Sucede que, tras superar el sifón que menciono, se accede a una sala interior lo bastante espaciosa como para permitir que durante estos años haya mantenido aquí mi pequeña base de operaciones, provista, por cierto, de un *kit* de supervivencia para lo que pueda acaecer, y lo que pueda acaecer se me ha echado encima de golpe. Quiero señalar que no pienso desvelar cómo llegó a mi conocimiento la existencia de esta cámara submarina a la que aludo; si lo hiciera, puede que comprometiese a alguien. No tengo más que añadir, salvo que ahora mismo, mientras hago este somero repaso de mis peripecias en lograr

alcanzar mi base secreta sin ser descubierto por unos y otros, aúno todos mis esfuerzos. Me va en ello la vida.

¡Alarma! Creo que mis perseguidores han accedido a la covacha. Escucho sus voces ¡Si me ven estoy perdido! Pero... Confusión... ¡Otras voces más alejadas dándoles el alto! No me cabe duda, los soldados acaban de hacer acto de presencia. Intercambio de amenazas, de gritos... Advertencias de los unos a los otros... Y enseguida disparos... Y tras una pausa, más amenazas y gritos... La refriega arrecia... Hasta que de pronto se produce otro silencio, más confusión, más voces dando el alto... Los motores de los fuerabordas rugen y... Sí, parece que quienes me han perseguido hasta aquí se alejan... Respiro con cierto alivio, regresa una calma solo alterada por los rompientes...

Procuro serenarme, afino el oído y la vista. No se aprecian movimientos ahí fuera, confío en que se me deje en paz, al menos momentáneamente. Pero no debo precipitarme, decido esperar un rato parapetado en mi escondrijo; mientras tanto y para hacer tiempo, continúo con mis recuerdos, no se me ocurre otra cosa mejor qué hacer:

Se cumple un lustro, desde que comencé a dedicarme junto con mi socio al tráfico de inmigrantes africanos. Los recogíamos en el norte de Marruecos para desembarcarlos en el litoral español que mejor conozco, la costa almeriense. Durante todo este tiempo, el negocio ha funcionado. Los primeros pasos resultaron complicados, por supuesto, así suele suceder cuando se inicia una actividad novedosa: surgen eventualidades que van puliéndose con la experiencia. El caso es que, tras unos primeros cruces del estrecho no demasiado rentables, la situación se

acomodó de tal manera como para afirmar que nos las arreglábamos muy bien. Tal era el nivel de efectividad alcanzado que pasar desapercibidos ante la ley y, lo que resulta más meritorio, a ojos de la competencia (constituida por varios clanes que hasta entonces se repartían la tajada del negocio), significaba para nosotros una especie de travesura divertida; toda una hazaña, ya digo, puesto que desempeñábamos un papel que venía a ser lo que en el mundo de la naturaleza equivaldría a un depredador de segunda o tercera categoría, algo así como el modo de actuar de los chacales, que se mantienen al acecho y jamás dejan pasar la oportunidad de hacerse con una tajada, surgida la ocasión, para retirarse raudos.

Sí, en aquel tiempo gané dinero; sucedió a partir del quinto o sexto viaje, no antes, en que depuramos la estrategia de una manera simple, pero que sólo se nos ocurrió a nosotros: la cosa es sencilla, consistía en parecer lo que no éramos. Hasta aquel momento, nos habíamos valido de un par de *zodiacs*, pero el sistema resultaba demasiado arriesgado. Era cuestión de tiempo que fuésemos pillados con las manos en la masa por unos u otros. Entonces se nos ocurrió hacernos pasar por lo que no éramos, como digo, y para ello nos valimos de una embarcación tradicional, un pesquero de los que faenaban en la zona trajinando de un lado a otro por rutas comunes.

El pesquero tenía matrícula y licencia en regla y, además, había frecuentado caladeros en aguas del mar de Alborán hasta fecha reciente; en principio, no debía llamar la atención, que tras una pequeña temporada en el dique seco reapareciese. Al Joraique, nuestro pesquero, le adaptamos las bodegas, acondicionando espacio para que una treintena de ilegales viajasen con no mucha comodidad, todo sea dicho, aunque sí con mayor seguridad del que procuraban las destartaladas lanchas neumáticas, e incluso las pateras de la competencia. No, no es que

apreciásemos la vida de nuestra mercancía humana más que los otros, mi conciencia jamás se detenía en analizar detalles de este tipo y sí en procurar minimizar el riesgo que corríamos de ser apresados. Para mi satisfacción, pronto pude verificar que nuestra técnica funcionaba: la guardia civil y los guardacostas no nos prestaban atención, solo una vez fuimos interceptados de manera rutinaria; ese día, por fortuna, íbamos de vacío y tuvimos tiempo de montar el paripé que llevábamos preparado por si ocurría que las autoridades nos abordaran; almacenar un poco de pescado putrefacto en las bodegas actúa como un repelente inmejorable.

Mi compañero, «el Bantusi», y yo, nos habíamos propuesto que, una vez nos agenciásemos cierto capital, cada cual tiraría por su lado. Yo recelaba del Bantusi, lo mío debe ser cosa de prejuicio racial, la cercanía de los negros me produce incomodidad, justo lo contrario que les sucedía a los de su raza con él, nuestros potenciales clientes, que, sin apenas reticencias, se dejaban engatusar por mi socio en cuanto nos acercábamos a la playa de turno con intención de organizar un cargamento. Supongo que aquella efectividad suya es lo que equilibraba el fiel de la balanza para hacer llevadera mi desconfianza natural, ya digo. Además, como las circunstancias son las que marcan el camino, y a la aparente falta de escrúpulos del Bantusi con los otros negros se sumaba la inmediata necesidad de aquellos y nuestra propia ambición, la relación profesional fue alargándose mucho más de lo que esperaba. Pero en un momento determinado, la actitud del Bantusi hizo que me preocupase; supe que lo de hacerme rico en poco tiempo no iba a ser tan sencillo. De pronto el tipo me impuso condiciones: la primera, supuestamente de carácter humanitario. Los inmigrantes transportados en cada partida deberían ser menos numerosos para que la travesía resultara más segura; con la segunda, de índole económica, ambos reconocíamos que,

puesto que él era quien conseguía la clientela, debía ganar más, debía ganar lo mismo que ganaba yo... Tuve que ceder, no me quedaba otra. Muy pronto, no obstante, obtendría la prueba de que en el Bantusi no había ni conciencia social, ni solidaridad, ni ningún otro rasgo altruista, sino simple ambición. Mi socio quiso convencerme conque aquella variación en la forma de trabajar, reduciendo el número de cada grupo, nos iba a beneficiar, puesto que actuaría como efecto llamada y se dispararía la demanda. Lo que no calculó el Bantusi es que el supuesto efecto llamada también atrajese a las mafias de «los pateras», a quienes enterarse de la competencia «desleal» que les hacíamos no gustó nada. Un poco ingenuo sí que fue el Bantusi (y yo).

De momento me he librado. Hace rato que no percibo más que el sonido del oleaje. La marea ha comenzado a subir. Afortunadamente tuvimos tiempo de ponernos los trajes de neopreno antes de que los piratas abriesen una vía de agua en nuestro querido Joraique. En un descuido conseguimos darnos a la fuga con la *zodiac*. Luego vino lo demás: la persecución, y que gracias al amparo de la noche despistásemos a nuestros asaltantes, y que lográsemos alcanzar la isla de Alborán. La última media milla la cubrimos a remo para no llamar la atención de los militares, mas cuando nos disponíamos a acceder a nuestro refugio, fuimos interceptados por los piratas. Ahora pienso que quizá ya supiesen adonde nos dirigíamos, que sospechasen la existencia de nuestro escondrijo y nos hayan tendido una emboscada.

Sin mediar palabra la han emprendido a tiros con nosotros. El Bantusi ha sido acribillado, quedando atrapado su cuerpo en la improvisada mortaja de la destrozada *zodiac*; esta, zarandeada por el oleaje, se ha precipitado contra la escollera, que hace de antesala a la covacha en la que me he guarecido a la desesperada.

Fue entonces, cuando ya me daba por muerto, el instante en que han entrado en escena los militares, mis involuntarios benefactores. Sospecho que, a partir de este instante, serán ellos quienes tomen el relevo de mi acosamiento.

Todo muy dramático; filosofo, sonriéndome con amargura para mis adentros, sintiéndome una víctima más, de lo ingrato que para tantos conlleva la existencia...:

... A los treinta y cinco años, cansado de sudar como un cabrón en los invernaderos, saturado de pesticidas, mal pagado y habiendo acopiado información suficiente de quienes compartían trabajo conmigo (y estaban aún peor remunerados que yo por ser del otro lado del estrecho), cansado, como digo, de todo aquello y conocedor de los tejes y manejes relacionados con el negocio del tráfico de paisanaje, decidí hacerme autónomo y montar mi propio negocio. Primero, compré un par de *zódiaes* parcheadas y malamente motorizadas, y me camelé al Bantusi, un senegalés más renegrido que un tizón, que me sacaba dos cabezas de estatura y diez de desarraigo. No era la mejor opción, ya dije antes que jamás me inspiró confianza, pero como a él tampoco le iba nada lo de sudar bajo el plástico, enseguida nos pusimos de acuerdo. Montamos nuestro centro de operaciones en un pueblo del Cabo de Gata, cuyo nombre omito, y nos dimos de alta como empresa dedicada al excursionismo costero y al buceo. El Bantusi tenía un contacto que vivía muy cerca del Cabo Tres Forcas, enclave que se encuentra en la ciudad de Melilla. Aquel contacto estaba al tanto de las idas y venidas de quienes traficaban con subsaharianos indocumentados. Este fue el punto de partida de nuestro negocio.

Cuando lo hubimos organizado todo, nos dirigimos a Melilla en nuestra «singladura inaugural». La cosa se dio y pronto realizamos una segunda, una tercera... y aunque económica-

mente el asunto funcionó medio bien, las deficiencias de nuestras embarcaciones neumáticas (una de ellas incluso llegó a quedársenos a la deriva en mitad de un viaje y tuvimos que ganar la costa remolcándola malamente con la segunda), nos hicieron comprender que era necesario especializarse. Así fue cómo decidimos dar el salto y adquirir el barco pesquero. La nueva etapa supuso nuestro despegue, como apunté más arriba, hasta que sucedió lo que narro y falta por narrar.

La noche ha avanzado. La marea ha subido inundando la mayor parte del interior de la covacha. Podría retrepar sobre las rocas del interior y acurrucado ponerme a salvo del oleaje, pero no tiene sentido, no puedo arriesgarme a permanecer aquí dentro durante el día, entonces será mucho más fácil que se dé con mi presencia, seguro que los militares tienen previsto rastrear el lugar cuando haya luz.

Por fin decido abandonar mi escondrijo con la máxima cautela, deteniéndome a cada instante para examinar esos salientes en que podría permanecer vigilante algún soldado o incluso mis anteriores perseguidores, los piratas, los traficantes asesinos, porque a estos los considero bien capaces de poner en fuga a los militares, son tan tenaces como osados. No las tengo todas conmigo, pero debo arriesgar y cuando compruebo que nadie me aguarda en la entrada de la covacha, un rayo de esperanza se abre ante mí.

Decido cubrir los últimos metros que me separan del exterior sumergido, buceando, asiéndome a los salientes, soportando el oleaje y el reflujo que me empuja contra las rocas. Cuando por fin gano el exterior, saco la cabeza fuera del agua y me quedo agazapado y muy quieto, y procuro descubrir cualquier movimiento sospechoso que por fortuna no llega a producirse. No

hay luna, una ventaja a mi favor; otra es el traje de neopreno, que me permite soportar de manera razonable la baja temperatura del agua, al tiempo que su color negro ayuda a mimetizarme con las sombras. Pienso que, de haber habido luna, incluso dicho camuflaje hubiese resultado inútil; sí, podría haber sido detectado por los militares que de pronto localizo justo por encima de mi cabeza, vigilantes, encaramados sobre el acantilado. Es evidente que sospechan que aún existe alguien escondido en la isla, o que los traficantes que perseguían a los de la *zódiac* pueden regresar... Espero que localicen el cuerpo sin vida del Bantusi, ello me otorgaría mayores posibilidades, quizá piensen que el negro iba solo...

¡Casi me descubren! Una ráfaga de luz proyectada por una potente linterna ha rizado el agua solo unos metros por delante de mi cabeza. Me he fijado como una lapa a dos escollos que forman una cuña. Las olas me zarandean, pero aguanto asido a las rocas como puedo, sin moverme, pensando la manera en que voy a apañármelas para cubrir sin ser descubierto los cerca de cuatrocientos metros que me separan de mi refugio, en el Canal de las Morenas. Antes de intentar nada, debo esperar a que los militares se alejen. Incluso con el traje de neopreno comienzo a sentir los efectos del frío, el sopor se adueña de mí. Me aterra la idea de quedarme dormido...

Tiempo atrás, al principio de hacernos socios, el Bantusi me habló de las pretensiones que lo habían empujado a probar fortuna en mi país. Aquellas pasaban por ganar dinero, sacarse el carné de conducir, montar una empresa de transporte terrestre y viajar con su camión por toda Europa. No sé quién le habría inculcado semejantes pamplinas, repintadas de ese esmalte romántico del que casi nunca carecen los ignorantes,

pero mientras el negocio marchase, pensé que la estúpida idea permanecería aletargada en su peregrina absurdidad. Estaba equivocado. Cierta día, tras los cambios en el repartimiento de beneficios al que ya me he referido y barruntando que la actitud de mi socio ocultaba otras intenciones, me decidí a fisgonear en sus cosas. Me quedé estupefacto, averigüé que el Bantusi ya había puesto fecha para cerrar nuestro negocio de inmigrantes ilegales y que además tenía avanzada la otra idea de viajar por Europa, reunía varios presupuestos para adquirir un furgón de transporte. Incluso había pensado en un socio, que por supuesto no era yo...

Tomé nota de la información y decidí mantenerme expectante, ganando tiempo mientras se me ocurría algo para adelantarme y ser yo quien lo dejase en la estacada a él.

Aunque el contacto de Tres Forcas, el intermediario, continuaba proporcionándonos volumen de negocio con aparente normalidad, fue precisamente él quien desencadenó el desastre; nos traicionó. Venía aceptando el porcentaje que le pasábamos con cada embarque sin poner inconvenientes. Hasta entonces le habíamos pagado por individuo embarcado, pero un día nos llegó con el cuento de que en adelante debería ser por grupo y que estos jamás serían inferiores a cien o ciento veinte individuos. Si aceptábamos, ganaríamos todos y seguiríamos trabajando juntos; si no, ya podíamos ir buscando otro contacto. Para mi sorpresa, y sin ni siquiera consultarme, el Bantusi dijo que aceptábamos. Protesté y me mandó callar. ¿Cómo pensaba meter ciento veinte personas en el pesquero? Pregunté alterado. Con una serenidad que me dejó pasmado, dijo que apretándolos. Sí, es posible que se pudiera hacer, no lo dudo, pero aquello significaría un sobrepeso que pondría en peligro la flotabilidad del Joraique ¿Dónde quedaba aquel altruismo solidario suyo? Además, si teníamos la mala suerte

de ser interceptados por la guardia civil, iríamos a la cárcel de cabeza. El Bantusi se encogió de hombros, acordó la fecha de entrega sin importarle mis protestas y por fin me gritó: ¡O lo tomas o renuncias!

Estuve a punto de hacerlo; de hecho, dije que sí, que renunciaba, pero cuando el Bantusi exigió que lo hiciese por escrito, que le cediese mi parte del Joraique, me eché atrás.

Acudimos al lugar prefijado el día señalado para recoger a ciento dieciocho inmigrantes. Y era una trampa. Al contacto de Tres Forcas lo liquidaron en la playa donde se nos iba a hacer la entrega. El Bantusi y yo tuvimos el tiempo justo de subir a bordo del Joraique y escapar.

Nos adentramos en el mar de Alborán a toda máquina, sin imaginar que los negreros habían previsto nuestro intento de fuga; pronto se nos echaron encima. Conseguimos zafarnos en el último momento gracias a la *zodiac* que remolcábamos en el Joraique; pensamos que el empeño en hacer que nuestro barco se fuera a pique conformaría a nuestros perseguidores y nos dejarían en paz, pero en aquello también estábamos equivocados, pretendían liquidarnos. Así, finalmente hemos sido acorralados en la isla de Alborán, donde se ha precipitado la tragedia.

¡Qué horror, me había quedado dormido! Reacciono al sentir el agua entrándome por la garganta, inundando mis pulmones. Toso, el frío me provoca temblores, vomito. Nado para recuperar el asidero del que he sido arrebatado por el refluo marino, que amenaza con arrastrarme a las profundidades, pero también nado para aliviar el entumecimiento que afecta a mis articulaciones. Me siento aterido y desorientado, y tardo un buen rato en adivinar la dirección correcta que debo tomar. Una nueva ráfaga de luz viene a socorrerme. Ráfaga de luz que me

informa de las intenciones de los militares, al parecer no piensan abandonar su búsqueda, pero igualmente, y esto es tranquilizador, gracias a su involuntaria señal, sé que han sobrepasado la posición en que me hallo sin detectar mi presencia; distingo sus siluetas sobre el acantilado, avanzando cautelosas. Entonces comprendo que solo he de seguirlos, que ellos me guiarán en la dirección correcta. Pronto constato que apenas me hallo a doscientos metros de la entrada a la Cueva de las Morenas. Sin embargo, cuando me acerco a mi objetivo, se presenta una nueva adversidad, los militares se han detenido justo allí, sobre la vertical de la cueva y por sus intenciones, parece que se disponen a inspeccionar el canal. Dudan, creo que la oscuridad los retiene. Su indecisión juega a mi favor, tengo que alcanzar mi objetivo antes de que sea demasiado tarde. De no conseguirlo, de no lograr acceder al sifón que comunica con la cavidad secreta que constituye mi refugio, puedo darme por apresado, o por muerto de frío, o ahogado sin remisión.

Se prolonga la espera. Llevo bastante más de una hora metido en el agua, aguardando mi oportunidad. Dentro de no mucho comenzará a clarear y la marea habrá bajado lo suficiente como para permitir acceder a pie hasta bien adentro de la cavidad. Por fortuna, en un momento dado las paredes de la covacha se hacen verticales, lo que obliga a continuar su exploración en bote o a nado; no creo que se atrevan a hacer ninguna de las dos cosas hasta que amanezca, así es que considero, llegado el momento, de tentar a la diosa fortuna. Nado despacio, con suma cautela, enseguida buceando a tramos, asomando a la superficie el tiempo justo de tomar una bocanada de aire para volver a zambullirme. Cuando me encuentro a escasos metros de mi objetivo, realizo una pausa y aprovecho la llegada de la siguiente ola para impulsarme todo lo que puedo. Así consigo cubrir el trecho final. Soy un excelente nadador, por lo que a pesar del frío que lle-

vo acumulado en el cuerpo y las tinieblas, acierto con el canal de entrada a la cueva. Enseguida busco la pared rocosa y asciendo a la superficie con cautela. El reflujo actúa con mayor fuerza allí dentro, me golpeo un par de veces contra los salientes, pero ¡ya está!, lo he conseguido, estoy dentro. Me demoro unos minutos hasta recuperar el resuello y acometo el tramo más complicado, pues me hallo, como digo, en la más absoluta tiniebla; el embate de las olas hace penoso mi avance. Cuando creo que he llegado al punto donde se encuentra el sifón, me zambullo. En marea baja, he de descender el par de metros que separa la superficie del acceso sumergido. Me equivoco, no encuentro la entrada del sifón ni en la primera ni en las dos siguientes intentonas, para entonces, me encuentro tan agotado y entumecido por el frío que no sé si seré capaz de repetir la inmersión una vez más.

Un rayo de luz, el primero que anuncia el amanecer, penetra en la gruta y ello ayuda a situarme. Me había adentrado más de la cuenta, el acceso a mi refugio dista varios metros de donde insisto en buscarlo, por fin puedo acotar el lugar exacto del sifón. Me coloco sobre la vertical, tomo aire y me zambullo. Medio minuto después, estoy del otro lado de la pared que separa la cueva de mi cámara secreta. ¡Me siento a salvo! Salgo del agua. Me despojo del traje de neopreno y busco el calor de varias mantas; en mi escondite almaceno un poco de todo. Luego, en cuanto el cuerpo recupera su temperatura, me abandono al descanso sin resistencia. Resulta agradable saber que puedo relajarme durante un rato.

Un poco aprehendiendo aquí y allá imágenes vivenciales que desfilan por mi cabeza, otro poco revisando lo que el subconsciente fantasea, el reparador descanso ha servido para mostrarme una especie de revoltijo delirante, en el que tan pronto me

ÍNDICE

1. Alborán.....	13
2. Turquesa.....	31
3. Sálvora.....	37
4. Isla de los mamuts.....	67
5. Islas del Pacífico.....	109
6. Fondeados.....	115
7. Náufrago.....	133
8. Tabarca 66.....	155
9. Neruda y la Isla de Pascua.....	175
10. Una luz en el este.....	193
El autor: Enrique Javier de Lara.....	221

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 25 de febrero de 2025
coincidiendo con el natalicio del escritor
Anthony Burgess
en cuarto menguante.







Jan 23